



EN ESTE NUMERO:

- Los seglares y el Concilio Ecu-
ménico.
- Méjico, país de contrastes.
- Israel, entre el odio y el amor.
- Pastoral de la Novena del Sagra-
do Corazón.

Editorial CUATRO VERDADES SOBRE EL CONCILIO

SIGUE, y acaso se acentúa cada vez más, a medida que se va aproximando la fecha de la iniciación del Concilio, el juego, el contraste y, en algunos casos, hasta la contraposición violenta entre dos actitudes en torno al mismo. Manejando argumentos, valederos en unas ocasiones, y valiéndose de intrascendentes rumores en otras, pesimistas y optimistas luchan entre sí. Para unos, la gran coyuntura que se ofrecía va a malograrse casi irremediablemente. Para otros, en cambio, va a dar frutos admirables.

No sabemos, ni nosotros ni nadie, lo que el futuro Concilio nos reserva. La verdad es que la gran asamblea no ha comenzado, aunque se haya trabajado mucho en su preparación. La verdad es también, e importa subrayarlo con fuerza, que por encima de los cálculos humanos está la acción del Espíritu Santo. La verdad es que la misma manera de ser y de proceder de Juan XXIII, con su amplio respeto a las iniciativas que vienen de abajo, hace todavía más problemático el resultado final.

Pero creemos injusto olvidar en esta hora lo que el Concilio ya ha logrado. Realidades tangibles que es necesario tener muy presentes.

Porque el Concilio ha creado un clima de libertad, de revisión, de examen de muchísimas cosas que hasta ahora parecían intangibles. Fruto logradísimo que salta a la vista de cualquiera que quiera ver, con mediano interés, la literatura que en torno a los temas conciliares se ha producido.

Porque el Concilio ha dado ocasión para una iniciativa que jamás se había realizado en la Iglesia con tal amplitud: la de una encuesta, a escala universal, en que los deseos del Episcopado de todos los países, de las Universidades, de los órganos de gobierno de los religiosos, de la curia romana, se han manifestado libremente y han quedado plasmados en propuestas concretas. Todo este material no está amontonado, en infolios de casi imposible manejo, escritos en papeles de diferente tamaño y letra diversísima, sino en quince volúmenes impresos en noble papel y con la primorosa presentación que sabe dar a sus obras la tipografía vaticana.

Porque el Concilio ha sido también ocasión para que el Papa creara organismos que hicieran frente a necesidades muy actuales, que carecían de quien específicamente se cuidara de ellas. Nos referimos a la comisión para el apos-

tolado de los laicos, al Secretariado de los medios de difusión, al Secretariado para la unión de los cristianos. Esa misma creación ha dado pie a contactos interesantísimos, como los mantenidos por el cardenal Bea, y a la representación permanente de los anglicanos y de parte de los luteranos alemanes en la curia romana.

Porque el Concilio ha servido para mostrar prácticamente (en teoría todos lo sabemos) que, sin necesidad de crear perturbaciones en la buena marcha de diócesis, Universidades y otros organismos, los grandes problemas de la Iglesia pueden ser estudiados a escala universal. Las diversas comisiones, y muy en especial la Comisión Central, han estado funcionando sin dificultad ninguna, con la cooperación de miembros dispersos en los países más lejanos. Y los esquemas se han podido elaborar recogiendo los más diferentes puntos de vista.

Porque el Concilio ha dado motivo para que las Comisiones preparatorias hayan llevado a cabo una colosal labor de revisión de problemas e instituciones, acumulando un material científico que en gran parte es de extraordinario valor. Material que siempre conservará ese valor, pues no está vinculado sólo a la coyuntura del Concilio mismo, sino que puede servir, y ciertamente servirá, para la labor magisterial y legislativa posterior. El ejemplo del primer Concilio Vaticano y la codificación es elocuente a este respecto.

Por todo esto, aunque el Concilio no llegara a realizarse, aunque su reunión se suspendiera indefinidamente, todas estas cosas quedarían. No habría lugar a hablar de fracaso. No tienen razón, por consiguiente, los pesimistas. Quienquiera que se haya asomado a los organismos preparatorios, sabe bien el aire de catolicidad que allí se ha respirado, las amistades que se han trabado entre los miembros de los más diferentes países, los puntos de vista que se han rectificado. Todo esto, a mayor escala, lo esperamos del Concilio mismo. Pero ya es una realidad lograda al través de su preparación.

Abramos nuestro corazón al optimismo. Hay razón para esperar. Pero para que el fruto sea más logrado y en sazón, insistamos en la plegaria y roguemos una y otra vez al Espíritu Santo que asista a los Padres conciliares.